



Comentario bibliográfico

Juan Sebastián Califa y Mariano Millán, *Resistencia, rebelión y contrarrevolución. El movimiento estudiantil de la UBA, 1966-1976* (Buenos Aires: Edhasa, 2023).

Giuliana Dellochio Marendazzo

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

giuliana.dellochio@gmail.com

Fecha de recepción: 19/10/2023

Fecha de aprobación: 03/11/2023

Resistencia, rebelión y contrarrevolución, de Juan Sebastián Califa y Mariano Millán, se presenta como la síntesis de diez años de trabajo de los autores en el campo de los estudios sobre los movimientos estudiantiles. La obra recorre las distintas etapas que atravesó el movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la década que va desde 1966 hasta 1976, siguiendo un planteo cronológico. El libro está estructurado en seis capítulos, que recuperan las lógicas y prácticas del movimiento estudiantil de la UBA en contextos político-sociales diversos. A lo largo de la obra, acompañando la periodización propuesta en cada capítulo, se evidencian las tres grandes etapas que los autores han sabido señalar en el título: primero, la *resistencia* estudiantil a los embates del Onganiato; segundo, la *rebelión* abierta por el mayo latinoamericano en 1968; tercero, la *contrarrevolución* política que se abrió en Argentina a inicios de la década de 1970 y que sacudió fuertemente al movimiento estudiantil porteño.

Sin embargo, la narración cronológica no deja de lado la existencia de dos hilos problemáticos que recorren toda la obra. El primer hilo evidencia la concepción del movimiento estudiantil como un cuerpo heterogéneo, nunca susceptible de ser analizado como un todo uniforme. En este sentido, es destacable la minuciosa reconstrucción de cada una de las partes que conformaban al movimiento estudiantil de la UBA en la década analizada, teniendo en cuenta las filiaciones políticas de cada organización que aglutinaba a los estudiantes, permitiéndole al lector dimensionar la multiplicidad de actores que estaban involucrados en las distintas actividades. Asimismo, al señalar cómo estaban constituidas cada una de estas organizaciones, se muestra la diversidad ideológica de las agrupaciones estudiantiles, el papel que jugó el reformismo tradicional en el movimiento, las lecturas sobre el contexto político que circulaban por la Universidad, entre otros elementos. La descripción de las fuerzas que componían al movimiento porteño —como el MOR (originalmente vinculado al Partido Comunista), la JUP (asociada al peronismo de izquierda), el FAUDI (vinculado al PCR) y la Franja Morada (asociada al radicalismo)— son imprescindibles para comprender cómo el contexto político permeaba la correlación de fuerzas dentro de la Universidad, permitiendo el ascenso de determinadas corrientes hacia la década de 1970, o bien quitándoles preeminencia hacia el final de la década analizada.

Esto nos lleva al segundo hilo, la discusión entre “radicalización” o “peronización” del movimiento estudiantil, que sería difícil de reconstruir si se hubiera dejado de lado el análisis de las organizaciones mencionadas. A lo largo de toda la obra, los autores trazan el camino de radicalización del movimiento considerando al conjunto de actores que lo componían, poniendo en cuestionamiento las lecturas comunes que señalan la correlación entre ascenso del peronismo en el estudiantado y radicalización de su accionar. Sin embargo, identifican que el proceso de radicalización no fue lineal e ininterrumpido, sino que se evidencian períodos de retroceso frente al avance de los sectores de poder. Por ello, la reconstrucción minuciosa de los acontecimientos que marcaron cada uno de los años bajo estudio es considerablemente valiosa, puesto que se convierte en el centro de la argumentación de los autores y contribuye a que los lectores puedan adquirir una visión de conjunto del período.

En el período de *resistencia* que abarca el primer capítulo, los años 1966 y 1967, es evidente el inicio del proceso de radicalización estudiantil con la intervención de la Universidad dictada por

el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, el 29 de julio de 1966. Las luchas llevadas adelante por varias agrupaciones —tales como la Federación Universitaria Argentina (dirigida por el comunismo), la Liga Humanista y el peronista Frente Estudiantil Nacional (FEN)— se encarnaron en acciones variadas: manifestaciones callejeras, huelgas, paros, desconocimiento de la intervención universitaria, entre otras. El peronismo, en esta etapa, se hallaba a las antípodas del proceso de radicalización, excepto por los estudiantes agrupados en el FEN. En cambio, muchos peronistas se encuadraron a favor del golpe de Onganía, y fueron funcionales a la labor policial en la Universidad: desarrollaron la labor de “estudiantes-vigilantes” en los pasillos y las aulas, entregando listas con los nombres de aquellos que militaban contra el gobierno y la intervención.

Sin embargo, el proceso de radicalización no fue lineal y continuo, sino que debió enfrentarse a los embates del gobierno, lo que provocó un franco retroceso en 1967. En ese año, se registró un “estudiantado opositor maniatado y un recambio de profesores favorable” (p.35) al régimen de facto. También se observó dicho proceso en los reclamos que tuvieron lugar antes y después de la sanción de la Ley Orgánica de las Universidades, en los que se retomaba la lucha por la autonomía y cogobierno perdidos frente a la intervención. No obstante, Califa y Millán acuerdan en señalar que, si bien el retroceso fue brusco respecto a 1966, no debe considerarse a 1967 como un “año perdido”, sino más bien como un año en el que el movimiento estudiantil se transformó profundamente. En este punto, la discusión en torno a la peronización del movimiento se hace transparente, y los autores señalan que es contundente la evidencia en favor de la persistencia del reformismo como categoría identitaria del movimiento estudiantil, mientras que no se evidencia un viraje masivo hacia la “nueva izquierda” o al peronismo. Este último fue ganando mayor incidencia entre los estudiantes, pero no alcanzaba un espacio mayoritario. El resultado de dos años de resistencia a la intervención sería, a fines de 1967, un movimiento profundamente fragmentado ideológica y pragmáticamente, que se observaría con claridad en las numerosas escisiones que las organizaciones estudiantiles sufrieron tanto desde la tradición comunista, como desde el peronismo y el trotskismo.

En los dos capítulos siguientes, los autores se adentran en la etapa marcada por la *rebelión* del movimiento estudiantil. Partiendo de 1968, Califa y Millán identifican un proceso de recomposición de la combatividad estudiantil, en sintonía con la recuperación de la protesta en el país.

Este doble proceso abrió al movimiento estudiantil la posibilidad de reconstruir sus lazos con el movimiento obrero, y halló un fuerte aliado en la CGT de los Argentinos. Nuevamente, los autores identifican que el sector peronista permanecía autoexcluido de las luchas estudiantiles, tal como ocurre en la conmemoración por los cincuenta años de la Reforma Universitaria, trayendo a colación el debate por la “muerte del reformismo”. Esta exclusión se sostuvo, incluso, durante las luchas desatadas hacia mediados de 1969: el Correntinazo, el Rosario y el Cordobazo. En esta etapa, el movimiento estudiantil porteño, siguiendo la propuesta de la FUA, tomó distintas facultades, organizó barricadas y sufrió numerosos enfrentamientos con la policía. Aquí se recupera la discusión historiográfica en torno al proceso de radicalización, señalando que el mismo no se inicia en 1969 con el Cordobazo, sino que se vio acelerado por la coyuntura política y social del país. En sintonía con este debate, se presenta nuevamente la crítica al reemplazo del reformismo por otras formas políticas, en particular la nueva izquierda peronista, señalando la pervivencia de la tradición reformista en los reclamos y las estrategias de luchas estudiantiles.

A partir del segundo semestre de 1969 y hasta 1971, la conflictividad universitaria entró en un proceso paulatino de debilitamiento. Lentamente, las luchas estudiantiles retornaron a problemáticas corporativas, y se hicieron presentes el debate en y de las agrupaciones, evidenciando el paso de “una etapa de radicalidad a otra signada por la agenda institucional” (p. 85). Los autores señalan que, en el contexto mencionado, fue central la lucha por la recuperación de los centros de estudiantes, fuertemente motivada por los estudiantes del MOR y AUN, así como también las luchas contra el limitacionismo en el ingreso a la Universidad (p. 70). A fines de 1971, sumándose al debilitamiento de la radicalización, la represión estatal y paraestatal comenzaba a surtir efectos entre el estudiantado, aplicando estrategias que luego replicarían a nivel nacional, basadas en la no-intervención directa. Junto con la promulgación del GAN, el espacio institucional “se hizo más amplio y fértil para las corrientes moderadas” (p. 103).

En 1972, sin embargo, el clima volvió a tensarse entre las autoridades y el movimiento estudiantil en el marco de la discusión por la nueva ley universitaria. Esto motivó un breve y fallido intento de unidad por parte del estudiantado movilizado, que convocó a una “Marcha Universitaria”, que registró un nivel muy bajo de participación. 1972 se cerró, en la UBA, con la convocatoria a elecciones para los Centros, en sintonía con el retorno al tiempo político. Allí, nuevamente, se

evidencia la ausencia del peronismo en las listas, pese a que habían registrado un crecimiento en el período abordado hasta aquí. Los autores, entonces, demuestran la ausencia virtual del justicialismo en la Universidad hasta entrada la década de 1970. Por ello, los procesos de radicalización y peronización no pueden ser homologables, así como tampoco interdependientes, de acuerdo con la discusión presentada por Califa y Millán (p. 103), puesto que las acciones radicalizadas han sido llevadas a cabo por organizaciones vinculadas a la izquierda tradicional y al reformismo.

Los últimos tres capítulos del libro, que recorren los años que van de 1973 a 1976, ponen de manifiesto el creciente proceso de *contrarrevolución* que se puso en marcha en Argentina desde el retorno democrático. Durante 1973, el ascenso del peronismo dentro de la UBA es imposible de ignorar: la instalación de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) posicionó al justicialismo dentro de las aulas y los pasillos, y ganó posiciones muy rápidamente. Los autores presentan una explicación multicausal a este fenómeno, que no se correspondería con un proceso acumulativo iniciado en 1966, sino surgido de la especial coyuntura de 1973. En ese año, gran parte del estudiantado tenía grandes expectativas respecto del nuevo gobierno, y muchas organizaciones vinculadas a la izquierda y la vanguardia reformista optaron por adherir y/o apoyar a la JUP. Recuperando la discusión en torno al proceso de radicalización, los autores señalan que, durante el período de mayor adhesión a la JUP, las movilizaciones y manifestaciones cayeron drásticamente (p. 127-128; 145-147). En cambio, las principales organizaciones destinaron sus esfuerzos a la pugna dentro de la Universidad y del gobierno, luchando por conseguir cargos o el favor de ciertos funcionarios (p. 133). En 1974, durante el gobierno de Perón, el clima no varió: el retroceso estudiantil se evidenció en las luchas en torno a la nueva Ley Universitaria, que concedía una mayor participación partidaria que estudiantil (p. 151). Frente a la represión sufrida en distintas instancias, el movimiento estudiantil comandado por la JUP se mostraba más bien pasivo, puesto que muchos de sus militantes se debatían entre formar parte del gobierno o criticar al funcionariado represor (p. 154), lo que diferencia al ciclo abierto en 1973 del ciclo 1968-1971. Por todo ello, Califa y Millán deslizan una hipótesis inversa: la “peronización” del movimiento estudiantil (y su consecuente “partidización”) trajo consigo la desmovilización del estudiantado, lo que debilitaría el proceso radicalizado abierto en 1966 (p. 154).

Por último, durante el período denominado “terrorismo de Estado peronista”, que abarca desde la muerte de Perón en 1974 hasta el 24 de marzo de 1976, el movimiento estudiantil se vería cada vez más debilitado. La JUP, tras la ruptura con Perón ocurrida meses antes de su muerte, perdió posiciones dentro de la Universidad y fue asociada a la subversión marxista. Muchas organizaciones se mostraron críticas con la JUP, señalando sus antiguos vínculos con el poder, lo que llevó al movimiento estudiantil a perder posiciones en la calle y junto a la clase obrera, debilitando su acción conjunta frente a las autoridades universitarias y gubernamentales. Frente a la intervención en las distintas facultades, y a la prohibición de asambleas y cierre de los centros, la militancia en su conjunto debió necesariamente relocalizarse fuera de la Universidad y desarrolló su actividad desde locales partidarios (p. 184). El evidente retroceso llevó a que, en las elecciones clandestinas de 1975 el MOR, nuevamente, se convirtiera en la fuerza mayoritaria dentro de la UBA y se posicionara como la agrupación que mejor pudo llevar los golpes del terrorismo de Estado (p. 188). El resultado de una década de lucha fue, finalmente, una derrota para el conjunto del movimiento estudiantil. Tras la represión sufrida en los últimos años de democracia, las organizaciones fueron diezmadas y los proyectos de transformación de la Universidad abandonados. La bandera reformista, iniciado 1976, dejaba de lado los tópicos revolucionarios adoptados en la Córdoba sesentista, y encarnaría de allí en más la lucha por el orden democrático y el abandono de la insurgencia.

La obra en su conjunto representa un aporte historiográfico imprescindible para todos aquellos que se interesen en los estudios sobre los movimientos estudiantiles en las décadas de 1960 y 1970. Las discusiones que atraviesan al libro son directas y explícitas, y los argumentos en favor de la propuesta de los autores están sólidamente asentados sobre un estudio empírico minucioso. *Resistencia, rebelión y contrarrevolución* nos presenta, entonces, una historia de las luchas emprendidas por el movimiento estudiantil en un período por demás complejo de analizar. La obra, por último, no constituye una historia del avance de la represión en la Universidad, sino que representa una invitación a repensar los pilares y la biografía de los movimientos estudiantiles contemporáneos, a partir de la lucha y el accionar de sus predecesores.